

PARA CADIZ.

Llevado á las casas de los suscritores.....rvn. 13.
Los suscritores que lo recojen en el despacho..... 12.
Para fuera de Cádiz franco de porte..... 16.

EL TIEMPO

EN CADIZ.

En el despacho de esta oficina, calle de la Verónica número 151.

PARA FUERA DE CADIZ.

Jerez, S. Fernando, Puerto Real, Puerto de Sta. Maria, Sanlúcar y Chiclana llevado á las casas.....rvn. 16.

NUMERO 1,160.

Sabado 13 de Junio de 1840.

5 CUARTOS.

DEL DIARIO DE LOS DEBATES.

La Inglaterra y la China.

En un artículo anterior, hemos procurado establecer por base que la moral pública no es punto muy interesante en la cuestión del opio, y que el Emperador celeste se inquieta mucho más por su dinero contante, que por la salud de sus súbditos. En cuanto á la naturaleza y peligro de los efectos del opio, nos sería bastante difícil decidirnos á favor de cualquiera de las opiniones que se han emitido sobre este particular, en sentido tan contradictorio. Los detractores del opio le atribuyen efectos terribles: dicen que tiende á acelerar el pulso; aumenta el calor general del cuerpo, oprime la respiración, y la dificulta; es causa de que los ojos brillen y se conserven en incansable agitación; en suma, todas las funciones vitales, todo el sistema nervioso llegan á excitarse con su uso hasta el más alto grado. Una exaltación correspondiente tiene lugar en todas las funciones intelectuales, y saliendo de quicio la imaginación desbarra hasta el delirio. Ahora, como á esta excitación física y moral sigue una depresión proporcionalmente rápida, el fumador de opio, para recuperar la misma sensibilidad se ve obligado á añadir de día en día algo más á la acostumbrada dosis, la cual empezando por diez á veinte granos, llega á subir algunas veces hasta cuatro dracmas cada día. Un consumidor de este calibre se conoce fácilmente, como aseguran, por su asombrosa palidez y el temblor universal de sus miembros.

Pretenden otros, que cuanto se dice del opio es una pura calumnia; que es una droga inocente hasta cierto punto, y que el chino fumador de opio es un ser mucho más inofensivo que el europeo civilizado que abusa de los licores fuertes. Sin que pretendamos asegurar la perfecta inocencia del opio, se puede creer que no es más dañino que el ginebra; así es que los efectos, tanto del uno como del otro, están en proporción del uso ó abuso que de ellos se hace. Pero el hombre embriagado con licores fuertes se convierte á veces en un loco furioso, mientras que el hombre á quien el opio trastorna, queda privado de las fuerzas necesarias para hacer mal: el uno es un miembro dañino á la sociedad; el otro es solamente un miembro inútil. Cierto sugeto, que ha vivido muchos años en China, afirma que ha conocido gran número de habitantes, los cuales fumaban por costumbre el opio, sin experimentar la más leve excitación. Eran, dice, unos hombres moderados como los que en Europa beben el vino como personas decentes (*gentlemanly*). "Canton, dice otro, tiene un millón de habitantes; pero no me acuerdo haber visto en sus cuarteles más populosos esas caras inflamadas, ni esas facciones descompuestas, que se encuentran á cada paso en las calles de Londres y que señalan la borrachera del gin." Por otra parte como se expresaba un mandarín, hombre muy chistoso; ¿no saben ustedes que los placeres de la mesa y los del lecho nupcial también pueden perjudicar á la salud, si de ellos se usa con exceso? Todo consiste en saberlos disfrutar *gentlemanly*.

Si añadimos que el uso del opio es casi universal en Turquía, en Persia, en Arabia, en Sumatra, en Java y en la India, donde, según dicen, se distribuyen raciones de él á las tropas indígenas, llegaremos á comprender con dificultad que una parte de la especie humana se envenena á sí misma voluntariamente. Si quisiera con formalidad el Emperador de la China proscribir el opio como veneno, empezaría por prohibir su cultivo en el imperio celeste. Ahora, sabemos muy bien que muchas provincias de la China están dedicadas á la siembra de la adormidera, circunstancia que ha hecho decir al lord Palmerston, que en la prohibición del opio extranjero se dejaba traslucir también cierta medida de interés

agrícola. Así el edicto del Emperador de la China puede considerarse como una especie de ley de cereales.

No hallamos esta cuestión mejor explicada ni debatida en ningún otro escrito que en unas memorias presentadas al Emperador por dos de sus mandarines. Contienen estas no solo muchas y muy preciosas ilustraciones históricas, sino también varios caracteres curiosamente bosquejados. El primero de estos mandarines, Heu Naetse, lleno de talentos y de escepticismo, innovador poco escrupuloso, que lleva la despreocupación hasta la insensibilidad, y entiende á las mil maravillas la economía política, ofrece un notable contraste con el mandarín Choo Tsun, á quien podemos llamar con justicia el Catón chino, conservador inflexible de las antiguas leyes, de las antiguas costumbres, de los antiguos abusos y enemigo jurado de toda clase de innovaciones. Las dos memorias sirven de mutua refutación, y esto nos brinda, por decirlo así, á presentar á nuestros lectores varios trozos de ellas en citas alternadas. El primero comienza de este modo:

"Heu Naetse, vice presidente del Tribunal de los Sacrificios, presenta esta Memoria sobre el opio, con el objeto de demostrar que la creciente severidad de las leyes establecidas para su prohibición solo ha servido para el aumento y diseminación de los males, que le deben su origen, siendo en extremo urgente modificar estas leyes con la mayor premura."

Dice el exordio de la segunda Memoria: "Choo Tsun, miembro del Consejo de los Ritos, hincando la rodilla, presenta esta memoria en que espone la necesidad de que se redoblen las severidades de los actos prohibitivos, para mantener la dignidad de las leyes, y desterrar del seno del pueblo una grave causa de sus males."

Estos prólogos colocan á entrambos mandarines en adecuada luz. Uno y otro son reformadores, pero aquel pretende introducir reformas en las leyes, á fin de encomodarlas á los tiempos y á las costumbres: este quiere reformar los tiempos y las costumbres para someterlos á las leyes. Heu Naetse está á favor de las concesiones, fundándose, en que si las leyes son impotentes, se les debe considerar como inútiles: continúa así:

"Los fumadores de opio han sido condenados sucesivamente á la vergüenza, á la bastonada, á la deportación y á la muerte; y sin embargo su número ha crecido, multiplicándose en todo el imperio. ¿Se pretenderá, á fin de contener el mal, poner término á todo comercio con las otras naciones? ¿qué haremos de tantos millares de habitantes que viviendo en las costas, deben su subsistencia exclusivamente á ese comercio? Además las embarcaciones de los bárbaros, que se cuentan en alta mar, pueden escoger para depósito de sus mercancías cualquiera de las numerosas islas contiguas al imperio, á donde vayan á buscarlas los indígenas. Hace mucho tiempo que los buques extranjeros visitan todos los puertos de Fuh-kean, Chekang, Keangnan, Shan Tung y hasta los de Teeinksin y Nantchoura, para vender el opio sin que puedan impedirlo las autoridades. Así es, que aun cuando se llegase á destruir el comercio en Canton, no por eso se impediría el contrabando en otras partes. Además, las leyes se han convertido en medios de riqueza para los estafadores y concusionarios, y mientras más severas se han hecho, más ha subido el precio de la corrupción."

Vemos, pues, que Heu Naetse solo estima las leyes en lo que pueden, no en lo que quieren, al paso que el puritano Choo Tsun ama la ley por ella misma y por los principios que inculca:

"¿Quién ignora, dice, que cuando un gobierno establece una ley, cuenta con que ha de haber necesariamente quien la infrinja? Mas porque la ley quede sin efecto en algunos casos, ¿será esta una razón para abolirla? ¿será preciso también que dejemos de comer cuando alguna dolencia nos incomode la gargan-

ta? Las leyes que contienen á los pueblos en el borde del mal son como los diques que paran la impetuosa de las aguas. Si nos propusiéramos echar abajo estos estorbos, so pretexto de que eran viejos é inútiles, ¿quien respondería de las consecuencias de una inundación universal?—No se debe nunca hacer que las leyes caigan en desuso; para gobernar la nación central y contener en la razón á todos los bárbaros del contorno, existen leyes; pero son los encargados de su cumplimiento, quienes carecen de energía."

Poca mella hacen los argumentos anteriores en la economía política de Heu Naetse. El escéptico mandarín mira con la más completa indiferencia la suerte de algunos millones de chinos á quienes toque morir como víctimas del opio: á pesar de esto habrá siempre sobrada población:

"Una extensa lista de nacidos, dice, acrecentará diariamente el número de habitantes, y poca ó ninguna disminución puede temerse por ese lado: pero nunca serán demasiadas las precauciones que se tomen para impedir la salida de la plata, que es la sustancia del imperio. Cuando el opio estaba sugeto á derecho, se le trocaba por té y otras mercancías; pero después de su prohibición, se le compra clandestinamente por dinero. Si las aguas de este manantial, que no es inagotable, van día tras día á perderse en el abismo sin fondo de las mares lejanas, pronto nos veremos reducidos á un estado que no me siento con ánimo de describir."

Propone, pues, Heu Naetse, que se renuncie al sistema prohibitivo, regularizándose el comercio del opio, ya que las leyes son insuficientes para destruirlo.

"El solo medio que nos queda, dice, es el de volver al antiguo sistema, permitiendo á los comerciantes bárbaros la importación del opio, con tal que satisfagan los derechos establecidos, bajo la condición de que habiendo pasado las aduanas, solo se entregue el opio á los comerciantes hongos á trueque de mercancías, sin que en ningún caso se abone su valor en dinero. La plata extranjera se pondrá al nivel de la indígena prohibiéndose su salida de igual suerte."

Choo Tsun, al contrario, desecha toda idea de transacción:

"Tales son, dice, los medios de acomodo que nos proponen! mas, ¿después de haber espulsado á los ingleses, iremos á buscarlos, para convidarlos á volver? Por otra parte, si está en nuestro poder el impedir la exportación de los pesos duros, ¿por qué no lo estará el que impidamos la importación del opio? Si llegamos á conseguir lo último, cesará por sí mismo lo primero, suprimiéndose á la vez dos males."

"Ah!, replica con agudeza Heu Naetse: si miramos para atrás, vacilando aun en retroceder; si somos tan necios que hacemos alarde de una dignidad inútil, sucederá que mientras perdemos el tiempo en resolver quedará arruinada la nación. Si volvemos entonces las espaldas, hallaremos que ha venido demasiado tarde la reforma."

Continúa Heu Naetse manifestando su sistema, y propone que se permita la importación del opio, permitiéndose su uso á todas las clases, excepto "á los oficiales civiles y militares; á los soldados y letrados; los primeros porque sus destinos les llama al cumplimiento de los deberes de su rango y funciones; los segundos á causa de que deben cultivar sus facultades para el servicio público." Todos los de estas clases á quienes se les descubra haber fumado opio estarán sugetos al rigor de las leyes penales. Pero, "la compra y el uso de esta droga se permitirá indistintamente al pueblo en general."

Con su acostumbrada intolerancia desecha Choo Tsun el sistema poco moral de su colega, valiéndose de argumentos que, en nuestro sentir, nos parecen muy difíciles de contestar:

"Todo esto, dice, es un sofisma miserable. Los oficiales, soldados, y letrados apenas forman una décima parte de la población del imperio; componien-

dose del pueblo las nueve décimas restantes. Permitir el uso del opio á todo el pueblo, sería fomentarlo entre aquellos que no lo han adquirido todavía. Además, ¿cómo había de impedirse que lo fumasen los soldados y los letrados, si lo hace el pueblo en general? ¿Nacieron por ventura siendo militares y letrados? Por cierto que no: pues que todos han salido de la masa del pueblo. Y si ocurriese un reemplazo en un cuerpo de tropas, ¿con quién había de llenarse el vacío? con hombres del pueblo necesariamente: y al hacerlos soldados, ¿cómo se conseguiría que perdieran el hábito de fumar opio, adquirido cuando pertenecieron á las masas? Mientras no se cieguen los materiales de este tósigo, será imposible averiguar si ha cundido la infección también en los campamentos. Y si tal ha sucedido, muy á propósito se ostentarán para los ejercicios militares nuestros soldados, con las piernas temblonas, las manos convulsas y los ojos cegados con lágrimas, á fuer de rapazuelos!

(Se concluirá)

El Tiempo.

CADIZ.

SABADO 13 DE JUNIO.

Ruiz de Alarcon.—Las paredes oyen.

ARTICULO I.

Doña Ana de Contreras, viuda noble, rica y hermosa, es amada de dos caballeros, que si bien iguales en sangre, son muy diferentes en las dotes de naturaleza, fortuna y moralidad. D. Mendo es galán, hacendado y correspondido de Doña Ana, pero murmurador y maldiciente: D. Juan, desairado en el rostro y talle, pobre de bienes, y desdeñado de la que ama, es sin embargo un modelo de sentimientos generosos, de verdadero amor, de cortesía y afabilidad.

Don Mendo, ántes de enamorarse á Doña Ana, había querido á Lucrecia, y aun le conservaba algun cariño. Hablaba mal de ella en su ausencia: pero le escribía papeles en que no trataba muy bien á su actual querida: Se vé pues, que no era un galán de Calderon, ni podia serlo. Un hombre maldiciente no puede estimar á nadie: y el amor sin estimacion, ha de carecer de delicadeza y de constancia.

Doña Ana que estaba muy prendada de él, le oye desde su reja una noche de San Juan, decir al duque de Urbino, mil defectos de ella; impugnando á Don Juan que ensalzaba con el entusiasmo del amor; sus prendas y virtudes. También cae en sus manos una de las cartas que D. Mendo escribía á Lucrecia. Su indignacion llega á lo sumo y le despide. D. Mendo quiere robarla de un coche en que pasaba de Alcalá á Madrid, y es herido por el duque, enamorado también de Doña Ana, y por D. Juan, que disfrazados de cocheros la iban sirviendo en aquel viaje.

La maledicencia y este último atentado del galán querido, y la excelente conducta y los nobles sentimientos de D. Juan, que se consuela de la pérdida de su amada, con la idea de que sería esposa del duque, producen en el corazón de la dama; aborrecimiento declarado á D. Mendo, y amor verdadero á D. Juan; con el cual se casa al fin. D. Mendo aspira como en desquite á la mano de Lucrecia: mas esta la dá á un conde, primo y amigo del maldiciente, que le vende porque ama á Lucrecia, y que justifica con su conducta la imposibilidad de que encuentre quien le ama verdaderamente un hombre mal hablado.

Este es el argumento del drama. Se vé pues, que hay en él una intencion moral. El castigo de la maledicencia es mucho mayor que el de la costumbre de mentir en la Verdad sospechosa, porque también lo

es el delito. El mentiroso en efecto, cuando sus mentiras no hacen daño á otro, es ridículo: el maldiciente excita el odio y la execracion. En toda la comedia se procura hacer aborrecible este vicio: y D. Mendo recibe por pena el desprecio de sus amadas, una herida y las amenazas que se le hacen en la catástrofe, si no corrigiéndose su perversa inclinacion.

En este drama hay una de aquellas situaciones difíciles que suelen ser el exámen de los poetas cómicos. Doña Ana pasa desde ser amante de D. Mendo, despreciando á D. Juan, á amar á este y aborrecer al que quería y con el cual iba á casarse. Estas mutaciones son el escollo mas funesto de los poetas noveles: porque es menester hacerlas sin alterar el carácter del personaje; justificar además la alteracion, y verificarla por grados: En semejantes ocasiones es mas necesaria que nunca la regla de proporcionar los medios á los fines: porque la mudanza parecerá absurda y gratuita, si no se atribuye á motivos muy poderosos. Alarcon ha tenido cuidado de esponerlos con mucha habilidad.

1.º Doña Ana es viuda y recogida: ignoraba el defecto de D. Mendo; enamoróse de él por su buen talle, gala y discrecion, asi como la enfadaba Don Juan por su mala cara y vestido. La suya era de estas pasiones tranquilas, que sin ser delirantes, bastan á hacer feliz un matrimonio entre personas virtuosas y de razon. Pero toda su ilusion debió desaparecer cuando le oyó ofenderla en su hermosura, en su edad, que son las cosas que mas sienten las mugeres; y por añadidura en su entendimiento.

2.º Añádese á esto el aprecio que vá cobrando á D. Juan por la nobleza con que siendo desdeñado, vuelve por ella: la carta de D. Mendo á Lucrecia, que revela á Doña Ana toda la perversidad de su amante; y en fin, las continuas advertencias y sugerencias de su criada y confidenta Celia; favorable á D. Juan por lo bien que este la trataba; y enrabada contra D. Mendo desde que una noche la llamó *vieja*: ofensa tanto mas sensible, cuanto debía ya de ser algo entrada en años, según la libertad con que habla á su señora.

3.º Ultimamente el lance del coche acabó de mostrar lo que podia esperar de su amante; y viendo al mismo tiempo el amor generoso de D. Juan, que se sacrificaba por el bien de ella; rindió su corazón; no á esterioridades que suelen ser engañosas; sino á las prendas del alma y á la noble pasion de aquel caballero. Todo esto cabe muy bien en el carácter virtuoso y delicado de la dama:

En cuanto á los de D. Mendo y D. Juan; están perfectamente dibujados. Hé aquí como habla el maldiciente de las damas que había querido ántes que á Doña Ana:

Conde: "A mi señora Lucrecia
dad, Ortiz; ese papel:

Ortiz: Guárdeos Dios. Mendo. Cosa cruel;
conde; es una muger necia:

Conde: ¿Cómo? Mendo. Con celos y amor
sale Lucrecia de sí:

Conde: ¿Con causa, D. Mendo? Mendo. Sí;
mas tanto el yerro es mayor.

Conde: ¿Qué hay de Teodora? Mendo. Quería
que yo fuese su marido,
como si hubiesen nacido
mis abuelos en Turquía."

Paseándose la noche de San Juan con el duque y el amante desfavorecido, dá libre curso á su lengua satírica.

Mendo. "Esta es la calle Mayor.

Juan. Las Indias de nuestro polo.

Mendo. Si hay Indias de empobrecer

yo también Indias la nombró:

Juan. Es gran tercera de gustos:

Mendo. Y gran corsaria de tontos.

Juan. Aquí compran las mugeres.

Mendo. Y nos venden á nosotros.

Duque. ¿Quién habita en estas casas?

Juan. D. Lope de Lara; un mozo
muy rico; pero mas noble:

Mendo. Y ménos noble que tonto:

Duque. Tened; que bailan allí.

Juan. San Juan es fiesta de todos.

Mendo. Yo aseguro que van estos
mas alegres que devotos:

Duque. ¿Quién vive aquí? Juan. Una viuda
muy honrada y de buen rostro.

Mendo. Casta es la que no es rogada:
alegres tiene los ojos.

Juan. Esta imágen puso aquí
un extranjero devoto.

Mendo. Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.

Juan. Un regidor de esta villa
hizo este hospital famoso.

Mendo. Y también hizo los pobres."

Cuando llegan los tres paseantes á casa de Doña Ana, celebrando D. Juan la hermosura de esta dama, dice D. Mendo; temiendo que aquel elogio inspirase al duque deseos de verla:

"Ciego sois ó yo soy ciego,
ó la viuda no es tan bella.

Ella tiene el cerca feo,
si el léjos os ha agradado:
que yo estoy desengañado
porque en su casa la veo:

Duque. ¿Visitáisla? Mendo. Por pariente
alguna vez la visito:

que si no, fuera delito
segun es de impertinente:

Ana: ¡Ah traidor! Mendo. Si el labio mueve
su mediano entendimiento,
helado queda su aliento
entre palabras de nieve:

.....
Pues la edad no sufre engaños
aunque la tez resplandece.

.....
Mil botes son el jordan
con que se remoza y lava:

Duque á
Mendo. ¿Pues cómo D. Juan la alaba?

Mendo
al duq. Para entre los dos, D. Juan
es un buen hombre; y si digo
que tiene poco de sabio,
puedo sin hacerle agravio."

Mientras están paseándose, sueñan cerca de allí cuchilladas; mas el duque exorta á sus amigos á seguir á unas damas que le han gustado, y Mendo dice á D. Juan motejando al duque:

..... "es mas devoto
de mugeres que de espadas."

No puede describirse mejor el carácter del mal hablado. Pero este espíritu de sátira y murmuracion se desenvuelve mas en los dos actos siguientes, y se manifiesta toda la vileza y ruindad de un alma, poseída del vicio de la maledicencia.—A. L.

Jamas muchacho el mas rudo mereció con tanta justicia en la escuela que le pusieran la coraza adornada de cierto geroglífico, como la merecen hoy los redactores del *Nacional* por el medio que han buscado para sincerarse de la equivocacion que padecieron al dar noticia de la votacion del presupuesto para la traslacion de los restos mortales de Napoleon. No

copian como prueba de su inculpabilidad un trozo de un periódico extranjero, y cabalmente allí se dice lo mismo que nosotros digimos, y lo que ellos no supieron decir. **La Camara juzgo deber reducir a la mitad la cantidad de 2.000.000 de francos....** Hubieranlo copiado así el primer día y se evitarían este bochorno. Aun despues de estar prevenidos no caen en la cuenta y nos llaman maliciosos. ¡Y estos hombres pretenden reformar el mundo! ¡En qué manos anda el ácido prúsico! ¡Dios nos libre!

Noticias recibidas por la diligencia llegada a Sevilla antes de ayer.

Parte oficial.—Ocupacion de la fortaleza de Culla.

El general duque de la Victoria, desde el cuartel general de Morella, fecha 2, participa al Gobierno: que el coronel supernumerario don Vicente Iruñeta, se habia apoderado el día anterior, del castillo de Culla, que habia sido abandonado por el enemigo, y cuyas fortificaciones se encontraban en el mejor estado, apoderándose igualmente de bastante porcion de viveres que encontró en el referido castillo: que la mayor parte de los habitantes del pueblo lo habian abandonado, excepto las autoridades y que habia destinado á su guarnicion una compañía de cazadores.

—Tropas del ejército de operaciones se dirigen en persecucion de Balmaseda. Una fuerte columna entra en Castilla por Logroño y otra ha debido entrar por Viana. Al mismo tiempo se ha situado en Logroño para atender á las operaciones el general Rivero; así lo anunció oficialmente el Sr. ministro de Gracia y Justicia en la sesion del 6. Parece tambien que el general Concha ha empezado movimientos combinados con aquellos, por manera que debe cesar la alarma causada por la invasion del vándalo Balmaseda.

—VIAGE DE SS. MM.—A consecuencia de los movimientos militares espresados, ha renacido de tal suerte la confianza, que ya parece haberse señalado el día 11 para la marcha de SS. MM. La real comitiva irá por tierra á Barcelona, pasando por Zaragoza.

—Fuga de Cabrera.—Este azote de la humanidad, se anuncia que ha penetrado ya con los pocos batallones que le quedan en los montes de la alta Cataluña.

—Muerte del rey de Prusia.—A fines del mes anterior falleció el rey Federico Guillermo de Prusia.

VARIEDADES.

La muger mas hermosa del mundo.

II.

Lord Ellis entró con pasos lentos asegurándose de que las puertas estuviesen cerradas: su rostro estaba cubierto de palidez, y su andar era algun tanto vacilante.

Todos sus ademanes daban indicios de un hombre que pone en planta un proyecto decisivo, para el que necesita rodearse del mas profundo misterio. Esta circunstancia añadió alguna simpatía á la admiracion que me inspiraba, y le di á conocer por señas que nos hallábamos enteramente solos, pudiendo por tanto descubrirse sin la mas leve inquietud.

—Voy en efecto á descubrir á V. mi interior, dijo con cierta cortedad, aunque me esponga al riesgo de que V. se divierta á costa de mi confianza.

La grave melancolía con que pronunció estas palabras, estuvo muy distante de disponerme á la sensacion que él revelaba; así mas bien que la nueva apelacion que hice á mi buena fé, le decidieron á hablar la seriedad y atencion con que hice muestra de oírle.

—V. sabe mi nombre, dijo poniéndose encarnado: es uno de los mas ilustres en Inglaterra, y sin embargo lo considero como la menor de todas mis ventajas. Mi padre me dejó á su muerte una fortuna de cien millones de francos; mi espejo me repite diariamente que nada ha negado la naturaleza á mi persona; y mi ambicion convencerá á V. tal vez de que la originalidad de mi carácter no deja de tener grandeza. Este modo de hablar acerca de mí mismo, le sorprendió sin duda ninguna.

—En eso no se hace V. mas que justicia, respondí

yo, y le suplico tenga la bondad de creer que por mi parte, no soy de los últimos en tributársela como merece.

—Mi preludio solo ha tenido por objeto ensalzarme á los ojos de V. todo lo posible, para no aparecer ante ellos tan ridiculo, de golpe, como lo temia. Juzgue V. de las ventajas de que le hablo, al saber que mi pretension se cifra en casarme con la muger mas hermosa del mundo.

Debo decir á V. que esta confesion inesperada y original estuvo muy próxima á convertir mi sorpresa en burla, comprometiéndome á manifestarla con una carcajada; pero me bastó fijar los ojos en el lord Ellis para reprimir un impulso tan chocante. Ya no era mi huesped el mismo hombre á quien habia visto balbuciar y sonrojarse cuando me dirigió la palabra por primera vez. Ofrecia algo mas admirable y extraño aun, la fisonomia del personaje cuyo aspecto me habia preocupado tanto en su favor cuando le vi en el jardin.

Sobre su cara varonil y noble, en su continente altanero y gracioso, en la expresion de su mirada y de sus facciones, hasta en la riqueza extraordinaria de los mas tenues pormenores de su equipage, todo indicaba la conformidad mas esquisita con sus pretensiones románticas; y no daba lugar al mas leve indicio de burla ni desconfianza. No pude ménos de compararle con aquellos heroicos paladines de la edad media, quienes nunca emprendian sino lo imposible; y rara vez dejaban de alcanzarlo. Quedaba, sin embargo, explicado cuanto acerca de él me traia perplejo, y reconocí que tenia delante una de aquellas volutades invencibles que caracterizan á los genios ó á los locos. No vacité en colocarle en la categoria de los primeros, mientras continuó honrándome con su confianza en lo que sigue:

—Si señor: solo tendrá mi corazon y mi mano la muger cuya beldad supere á la de cuantas han grabado su imagen en mi alma. Esta es la conquista á que yo aspiro, así como César y Napoleon pretendieron á la del universo. Así como el artista y el escritor persiguen cual único objeto de sus afanes el conseguir la realizacion de sus fantasias en las creaciones de su pincel y de su pluma, así persigo yo la realizacion de mis ilusiones en la criatura que haya salido mas perfecta de la mano del supremo artifice: he visto á mis pies tantas, tan altas y tan orgullosas! he observado sumisas y rendidas bajo mis plantas otras mas humildes y ménos altaneras; en fin he conocido que, á escepcion de las que ocupan algunos tronos que dominan la Europa, no media entre ninguna muger y yo una distancia inmensurable... Ha diez años, señor, que estoy recorriendo el mundo con mi proyecto en la cabeza. Entre los viajeros que he encontrado en Italia y Francia, en España é Inglaterra, los unos iban buscando la dulzura del clima, los otros la grandeza de los monumentos; cuales la variedad de los espectáculos, quienes la diversidad de los placeres: yo no he visitado el Oriente, la Inglaterra, la Francia, la España, la Italia, sino por pedirles su muger mas hermosa. La he buscado con infatigable esmero en medio de los salones de Paris, bajo los balcones sombreados de Sevilla, dentro de los palanquines de las criollas de América. La he buscado so las techumbres artesonadas de los palacios, cuyos moradores son ménos opulentos que yo. La he buscado dentro del hogar de la cabaña, donde hubiera convertido en una reina á la mas menesterosa aldeana. La he buscado hasta en el harem de los sultanes, decidido á disputar la posesion de joya tan esquisita hasta á los hijos primogénitos del Profeta! Algo me decía ayer mismo en el fondo de mi alma que aun no habia descubierto el ansiado objeto de mis pesquisas; algo acaba de decirme esta noche que es V. quien lo ha encontrado.

—Yo? milord!

—V. mismo: y por esta razon he querido volver á hablarle acerca de su aventura! Tambien como V. he visitado la Grecia sin hallar esa muger que se le apareció en el templo de Venus. No la he encontrado, no señor, pues todo lo que veo se me queda fijo en la memoria, y hubiera reconocido el retrato, tan hábilmente diseñado por V. y el cual solo puede tener un original en la tierra, ó por mejor decir no habría yo tenido necesidad de reconocerlo, pues que si el modelo es digno de la copia, hubiera estado en mi poder ha mucho tiempo!

Mientras hablaba el lord Ellis, yo le escuchaba con la mayor atencion, estudiando todos sus movimientos. A la magestad de su bella fisonomia sucedió la agitacion mas singular. Sus manos gesticulaban vivamente y sus ojos parecian inflamarse. Le dirigí varias preguntas delicadas, á que respondió con desorden, y conocí que la pretension de aquel extranjero tenia todo el sello é intensidad de una idea fija. Por otra parte, no daba su cerebro el menor indicio de hallarse trastornado; mereciendo caracterizarse por tanto mas bien como víctima de la exaltacion que de la monomania. Así es, que el interés que me inspiró se hizo mas simpático, por combinarse con cierto grado de compasion mezclado de envidia; y le juzgué en la clase de uno de aquellos visionarios felices, que caminan de sorpresa en sorpresa á traves de las maravillas de un palacio encantado.

En semejante contemplacion, iba yo olvidando el objeto de su visita, cuando me lo recordó de repente, hablando de la sortija que la atemense me habia regalado.

Observé al mismo tiempo que devoraba con la vista el dedo en que la tenia puesta, como ya lo habia hecho en el jardin.

—Despues de lo que le he confiado, señor, continuó el jóven con algun embarazo, debe V. acertar fácilmente con la peticion que tengo por último que dirigirle.

Finji no entenderle, y oculté como por distraccion el anillo de sus miradas.

Suspiró el inglés y con voz mas firme;

—Caballero, añadió; ya que V. ha renunciado á conocer por sí mismo esa misteriosa muger; ya que le interesa tan poco designarla á los demas, pues habla de ella á todo el mundo.....

—En efecto milord, dije interrumpiéndole, V. está en plena libertad de seguir la aventura, toda vez que no temá ir tras de una ilusion.

—Creí desalentarle con esto; mas pronto descubrí que no habia conseguido sino incitarle mas.

—V. tiene en el dedo, repuso, el medio de volver á evocar esa ilusion. Confíeme V. el anillo de esa desconocida, y en breve tiempo dejaré de serlo para mí.

Ahí tiene V. el fin á que se dirigia la visita del lord Ellis, quien era capaz de recorrer la mitad del mundo sobre la fé de una relacion hecha por casualidad. Aun cuando yo no hubiera tenido indicios anteriores de su monomania, esta circunstancia era suficiente para completar su evidencia á mis ojos, y el tono con que repitió su súplica fué mas que bastante para poner el sello á mi convencimiento. Fué en valde que pretendí aborrrarle el disgusto de una negativa, procurando apartar de su imaginacion una empresa que yo trataba de locura.

Mas el loco me dió por respuesta tan buenas razones, que destruyó sucesivamente todas las mias; siendo la mas convincente en mi concepto la de ir en busca de la jóven griega con mi anillo ó sin él.

Conoció que lo iba á hacer tal como lo decía, y me fué imposible desechar sus instancias.

—Parta V., milord, le dije presentándole la tumbaga, y quiera el cielo que no pase inútilmente la mar.

Arrojóse sobre la alhaja cual ave de rapiña sobre su presa, volviéndose pálido otra vez al vermela retirar de nuevo.

A fin de conciliar una curiosidad muy justa con la idea fija que le acosaba, le declaré que solo cederia la sortija bajo una condicion indispensable.

—¿Cual es esa, señor? me preguntó con voz de hombre dispuesto á hacer cualquiera clase de sacrificio.

—Es que me tenga V. al corriente de todos sus pasos y descubrimientos, milord, y ponga colmo de cerca ó de lejos á la confianza que acaba de dispensarme hoy.

Sospechando tan solamente la mitad del motivo que yo tenia para hablarle de esta manera, me apreté la mano con una sonrisa estática y se retiró dejándome en trueque de mi sortija el adios mas afectuoso.

Al alba del próximo día aun duraban mis reflexiones sobre esta aventura original, cuando observé por la ventana de mi cuarto que aparejaba en el puerto un gran navio fletado á peso de oro por el lord Ellis, como supe al poco rato, y en el cual se daba á la vela para las costas de Grecia.

Pasáronse muchos meses sin tener noticia ninguna del hermoso milord, por cuyo sobrenombre se le habia conocido en Italia, y empezaba á desesperarme de llegar á conocer jamas á la bella griega mientras que cierto residuo de egoísta curiosidad me hacia echar de ménos mi anillo, cuando lo recibí una mañana encerrado en una abultada carta cuyo lúgubre estilo y negro licre me inspiraron los mas tristes pensamientos. Aseguróme sin embargo sobre la existencia del lord Ellis el ver su firma suscrita á la carta y con una impaciencia de que supongo será V. tambien participe leí los renglones que siguen, y los cuales tengo en este momento en mi cartera:

"Prometí á V. la continuacion de la confianza que le hice en Nápoles y voy á cumplirle mi promesa poniendo en su noticia mis aventuras en Atenas: forman estas una novela que V. sin duda esperaria tan poco como yo mismo tenia razon de aguardarla. V. ha sido el héroe del primer capitulo involuntariamente y á su manera; yo quiero ser con toda voluntad y á mi modo el héroe del descalace. —Habiendo partido, como V. no ignora, el día anterior á nuestra entrevista, llegué con toda felicidad á Grecia despues de una travesía que me pareció interminable. Al punto que desembarqué no fui á ver la vieja ciudad ni la nueva tampoco, sino que me dirigí en derecha al palacio del rey Othon. Allí me informé detenidamente de las personas de la Corte, entre las cuales habia de encontrar la aparicion que se le presentó á V. en las ruinas. Las damas se hallaban á la sazón de viage con la reina y por no tomar un partido incierto determiné con resignacion esperar su vuelta. Tuve paciencia y fuime á visitar el templo de la Via Mistica donde se me ofrecieron dia tras otro las emociones que puede V. figurarse por las que experimenté en igual sitio.—En fin volvíen á Atenas la reina y sus damas y me presenté con la tumbaga á las puertas del palacio..... Al trazar estas palabras, mis espiritu se turba y me hace estremecer sin poderlo remediar... Me parece que aun estoy trémulo y pálido delante de aquel umbral tan aciagó para mí!... El guardia, á quien enseñé el anillo, lo tomó y púsose á examinarlo con admiracion. Devolvímelo luego para entrar en palacio á dar aviso de mi llegada, y despues de un cuarto de hora, que me pareció un siglo, me dijo á su vuelta con gravedad.

Sírvase V. seguirme, caballero; toda la corte está reunida en la habitacion de la reina, y allí encontrará V. la persona que le ha dado esa sortija.

Marchó delante de mí en silencio, y yo le seguí observando la misma circunspeccion seguro de reconocer tambien como V. el modelo del retrato que llevaba grabado en mi corazon; pero convencido de que iba á descubrirse mi suerte, y asaltado de diversos presentimientos, me hallaba por turnos impaciente de llegar al término misterioso de mis anhelos, y seguia con vacilante diligencia hacia él, cual víctima que conducen al sacrificio. Al entrar en los aposentos acerté el paso; mas un repentino deslumbramiento me obligó á parar de todo punto. Volví sin embargo á mí sentidos en breve, y recorrí la primera pieza con presurosas miradas. Estaba llena de hombres y mugeres de clase

